

EL LEGADO DE LUTERO A LA CRISTIANDAD

† Por Herman Sasse †

Durante el amanecer del 18 de Febrero de 1546, en una fría noche invernal en Eisleben, Martín Lutero cerraba sus ojos para siempre en este mundo. “No llegaré a ver la Pascua”, había dicho en su cumpleaños número sesenta y tres. Preocupados por su salud, sus amigos y familiares le veían desmejorado, hacia el fin de Enero, durante el último viaje de su vida. Junto a sus hijos y Justus Jonas, viajó hacia la ciudad natal, donde debía mediar en un conflicto entre hermanos, a la sazón los Condes de Mansfeld. Las cartas que Lutero escribió a su “agraciada querida dama de la casa” durante esta travesía, representan el más conmovedor testimonio de su fe madura, y a la vez juvenil. “Temo que cuando dejes de preocuparte por mí, la tierra nos devorará y lo destruirá todo. ¿Estás siempre estudiando el Catecismo y el Credo? Levanta tu oración a Dios y preocúpalo. Porque tú y yo no estamos hechos para preocuparnos el uno al otro. Está escrito, “Arroja tu ansiedad sobre Él, pues Él cuida de ti”, Salmo 55 y otros textos”. Él escribe esto el 10 de Febrero. Cuatro días después predica su último Sermón. Durante el 16 y el 17 se firmó el acuerdo entre los Condes y su tarea de pacificador fue consumada. Lutero ya no tomó parte en las negociaciones durante el último día, permaneciendo en su cuarto. Hacia la tarde se resintió de dolores en el pecho, que iban y venían y empeoraban. Cerca de las 10 de la noche, luego de haber descansado, volvió a su dormitorio. Despidió a sus acompañantes con estas palabras: “Orad por nuestro Señor y Su Evangelio, que las cosas vayan bien con Él. Pues el Concilio de Trento y el miserable del papa tienen gran rencor contra Él”. Hacia la una de la madrugada despertó casi sin aliento y clamó “¡Oh Señor Dios, estoy sufriendo mucho..! Querido Dr. Jonas, parece que voy a quedarme aquí...” Pudo todavía retornar a su habitación, y entonces comenzó la que sería su última y breve hora. En presencia de su hijo, sus amigos y un médico que había sido convocado con toda prisa, durante una pausa en su lucha contra la muerte, recitó sus últimas plegarias, citó en voz alta pasajes de la Biblia como Juan 3, 16 y el Salmo 68, 21, y respondió a la pregunta de Justus Jonas: “Reverendo padre, ¿permanecerá firme en Cristo y en la doctrina que usted ha predicado?”. Él replicó con un fuerte “¡Sí!”. Y en ese momento su alma descansó en la paz de Dios.

En Eisleben, en las villas y ciudades a través de las cuales sus restos fueron trasladados, y especialmente en Wittenberg, en su sepelio en el Iglesia del Castillo, y la ceremonia funeral en la Universidad, hubo gran duelo y lamento, uno mucho mayor que el duelo común de un pueblo que ha perdido a uno de sus grandes líderes. Realmente, el hombre que moría mientras el papa reunía en Trento su concilio “para la erradicación de la herejía”, es decir, para eliminar la Reforma Luterana, y en tanto el emperador movilizaba las fuerzas de su poder mundial para hacer la guerra a los Estados Evangélicos, era más que un gran alemán. Era más que un ferviente guardián de las almas de su pueblo, un hombre sobre quien uno tiene la impresión de que a través de sus poderosas oraciones había advertido la catástrofe que por muchos años se había arrastrado hacia Alemania. Como el restaurador del Evangelio de la Gracia de Dios, fue el Reformador de la Iglesia, y no solamente de la iglesia de un país, sino de toda la iglesia de Dios sobre la tierra.

Sólo comprende a Lutero aquel que lo ha comprendido como el Reformador de la Iglesia Cristiana. El legado que dejó Lutero sólo puede ser correctamente aprehendido por aquel que entiende que este legado abarca a toda la Cristiandad. Pues si Lutero –como él mismo lo pensaba

y la Iglesia Evangélica Luterana lo cree- con su redescubrimiento de la verdad salvadora de la justificación del pecador a través de la fe sola, no hizo más que dar a luz el santo Evangelio otra vez, entonces este descubrimiento tiene un significado tan universal como el Evangelio mismo.

Él expresó una vez más éste mensaje en las últimas líneas que tenemos de su mano, escritas en un trozo de papel el 16 de Febrero, hallado luego de su muerte. Esta última nota, escrita en Latín, habla de la inescrutable profundidad de la Escritura. “Nadie puede entender a Virgilio y sus Bucólicas o Geórgicas, a menos que haya sido pastor o granjero durante cinco años. Ninguno puede entender a Cicerón en sus cartas, a menos que haya servido en un puesto relevante en el gobierno durante veinte años. Ninguno, por fin, puede comprender cabalmente las Sagradas Escrituras a menos que haya pastoreado una Congregación durante cien años con los Profetas”. La nota concluye con la sentencia: “Somos Mendigos: esta es la verdad”. Las palabras “Somos Mendigos” están escritas en alemán, para darles énfasis.

Es como si Lutero hubiera querido decir lo que él vino a decir una vez más; para todos, para sus contemporáneos, para aquellos que vendrían después de él, para toda la Cristiandad de todos los tiempos. “Somos Mendigos: ¡esta es la verdad!” Esta es la melodía fundamental que hace escuchar sus acordes a lo largo de toda su vida, obra y doctrina. Resuenan poderosamente ya en las primeras palabras de sus Lecturas sobre Romanos, en 1513, donde él halla que es el propósito de esta Carta “destruir, arrancar de raíz y derrumbar en el polvo toda sabiduría y justicia de la carne, y esto para fortalecer y engrandecer el pecado”. Tañe como campanas a través de los himnos de la Reforma: “Aún en lo mejor de nuestras vidas, nuestras obras son nada”; “con nuestro poder nada es hecho”. Retumba en toda la obra del Reformador, hasta llegar a los últimos grandes escritos controversiales, en los que defiende el Evangelio contra la falsificación concebida por el papa y su concilio. Existió sólo otro gran maestro de la iglesia que poseyó el conocimiento de la miseria e impotencia humanas en todas las materias espirituales, sólo uno que podría ser comparado a Lutero. Es Agustín, el más grande de los antiguos padres de la iglesia latina. Él también enfatizó la Sola Gratia, “solamente por Gracia”, en tiempos de migración de naciones de la Cristiandad occidental, la cual nunca pudo olvidarlo. Todavía hoy su poderosa alabanza de la divina gracia redentora se hace oír en la liturgia católica romana cuando en una de las plegarias, que es leída por el presbítero en cada misa, Dios es invocado como “Aquel que no considera el mérito, mas perdona”. O cuando en el oficio del sepelio se canta en el dies irae “Rey de tremenda majestad, Tú que libras gratuitamente (umsonst) a quienes serán liberados”, y se implora a Cristo el Señor.

“Tú, que una vez absolviste a María (Magdalena) / y perdonaste al Ladrón, / has provisto esperanza también para mí”.

Pero la comprensión de Lutero es mucho más profunda. Él sabía que el Sola Gratia debía ser acompañado por el Sola Fide, que al “solamente por gracia” debía seguir el “solamente por fe”. Pues el abismo de la gracia divina sólo es entrevisto cuando uno realmente sabe que “aún en la mejor de nuestras vidas, nuestras obras son nada”. Incluso en una existencia que transcurre en la paz del Perdón de Dios y en el poder de Su Espíritu Santo, jamás somos justos por algo que exista en nosotros o que nosotros hagamos, sino que se nos declara justos solamente por lo que Cristo es y por lo que Cristo hizo por nosotros. Cuando el Apóstol, bajo la divina influencia del Espíritu Santo, describe una vida de madurez Cristiana en Gálatas 2, 20, con las palabras: “Vivo, ya no yo, sino que la Vida de Cristo es ahora mi vida”, continúa de este modo la oración: “La

vida que ahora vivo en la carne, la vivo por fe en el Hijo de Dios, Quien me amó y se dio a Sí mismo por mí”. Nuestra justicia delante de Dios nunca es una que nosotros poseemos, sino que es, en el recto entendimiento de la palabra, la Justicia de Cristo. Lo que recita el viejo himno de la Reforma, es literalmente la verdad:

Jesús, Tu Sangre y Tu Justicia
Son mi belleza, mi glorioso manto
Con él permanezco en pie delante de Dios
Cuando paso por las puertas de los cielos

Aquí el Sola Fide es tan clara y simplemente expresado que un niño puede comprenderlo. Si un Francisco de Asís, un Federico de Bodelschwingh, o cualquier otro alguna vez citado como ejemplos de vida piadosa, fueron salvos, no lo fueron por sus vidas y obras, sino sólo por esta razón: Que el Señor Jesucristo también murió por esos pobres pecadores. “Solamente por fe” significa: “Yo no soy nada, no tengo nada, no soy capaz de nada, pero tengo un Salvador que lo es todo, todo lo tiene, y puede hacerlo todo”. Dios lo hizo por y para nosotros “Sabiduría, justicia, redención y salvación” (1 Cor. 1, 31). Y lo que Lutero escribió en 1516 a su hermano en la Orden, Georg Spenlein, clama a través de sus palabras, “Somos Mendigos: esta es la verdad”, su última nota escrita para toda la Cristiandad, su legado para cada Cristiano: “Padre, mi querido hermano, aprende de Cristo, de Cristo Crucificado. Aprende a cantar Su alabanza y desespera de ti mismo, y dile: Tú, Señor Jesús, Tú eres mi justicia, pero yo soy tu pecado. Tú has tomado lo que hay en mí, y me has dado lo que yo no soy”. Y entonces llega su firme aserción: “Ten cuidado de nunca tratar de empeñarte en lograr por ti mismo tal pureza, de modo que ya no te consideres un pecador, y mucho menos desear no ser uno. Cristo sólo vive entre pecadores. Por esto Él descendió del cielo, donde Él vivía entre justos, para hacer ahora tienda entre los pecadores. Toma nota de este amor que Él tiene por ti una y otra vez, y entonces hallarás el más dulce de los consuelos... Y así, sólo en Él, habiendo desesperado de ti mismo y de tus obras, hallarás la paz. Allí aprenderás de Cristo mismo, que Él, en tanto te ha recibido en Sí mismo, ha hecho tus pecados Suyos, y de Su justicia tu justicia”.

Aquí vemos la comprensión que Lutero tiene del hombre en su profunda correspondencia con su comprensión de Cristo. Lutero entendió definitivamente la penosa condición humana, el pecado que “es una tan abismal y maligna corrupción de la naturaleza del hombre”, “la razón no puede entenderla, pero esto debe ser creído sobre la base de la Sagrada Escritura”. Que somos pecadores, “aún en la mejor de las vidas”, y que Cristo es “supremamente entendido” en el diario y abundante perdón de pecados, esta misma razón no puede alcanzarlo, y no lo acepta como verdad cuando lo escucha. El Pecado Original puede ser comparado a una de esas enfermedades mentales, que tienen como característica que el enfermo no reconoce su dolencia y cree que está sano por completo. Lutero comprendió la sima del pecado porque se permitió a sí mismo ser instruido sobre la naturaleza del hombre, no por libros de filosofía, tal como los hombres medievales estudiaban la obra de Aristóteles, sino de la Palabra de Dios Sola. Y por este motivo tuvo la capacidad de comprender el Oficio y la Obra de Cristo, como ningún otro maestro de la iglesia anterior a él. “Cristo no puede entrar en comunión viviente con un pecador”. Así la edición alemana de Tomás de Aquino (Vol. 30, Pág. 528) interpreta la afirmación de éste, cuando expresa que el hombre en su condición de pecado mortal no puede unirse a Cristo y por lo tanto no debe recibir el Sacramento del Altar (Summa Theol. III, 79, 3). Lutero afirma lo exactamente

opuesto, “Cristo mora sólo con los pecadores”. Es para el pecador y sólo para el pecador que el Señor tiende Su Mesa. En ella recibimos Su verdadero Cuerpo y Su verdadera Sangre para perdón de los pecados y esto permanece en pie como verdad incluso cuando el Perdón ya ha sido recibido en la Absolución. Que aquí el Santo Escrito está completamente del lado de Lutero es algo que no precisa mayor demostración. Cada página del Nuevo Testamento es realmente un testimonio que el propio Oficio de Cristo es el salvar a los pecadores, buscar y salvar a los perdidos. Y toda la obra salvadora de Cristo, desde los días del ministerio en Galilea y ante el asombro e ira de los fariseos, cuando Él comía con publicanos y pecadores notorios, hasta el momento en que, contrariando todos los principios de la moralidad racional y “establecida”, promete el Paraíso al malhechor en la Cruz; sí, toda Su vida en la tierra, desde el pesebre a la Cruz es la sola, única majestuosa demostración de un portento más allá de toda “razón”: el milagro del Perdón divino, de la justificación del pecador. “Cristo mora sólo entre pecadores”.

“Somos Mendigos: esta es la verdad”. En estas palabras, las últimas que la incansable pluma de Lutero escribió para nosotros, se halla su legado para la Cristiandad. La más profunda comprensión del hombre como pecador y el más profundo conocimiento de Cristo como el Salvador de los pecadores resalta en esta sentencia: “Que el hombre es nada y que aprenda a renegar de sí mismo y a esperar sólo en Cristo”, a esto todavía hoy el Reformador llama la Cristiandad, y se refiere a toda la Cristiandad. Pues el mensaje salvador de la Justificación del pecador Solamente por Gracia pertenece –justamente desde que no es otra cosa que la recta definición del Evangelio- a toda la Iglesia de Dios. Sí, la iglesia de Dios, que es visible sobre la tierra en aquellas congregaciones que tienen este Evangelio y administran los Sacramentos como Cristo los instituyó. El sostenimiento y defensa del mensaje de la Reforma no es una obra de “confesionalismo cerrado”, sino un ministerio para la unidad de la iglesia, como Lutero una vez lo expresó al decir del artículo de la Justificación por la Fe sola, “Cuando este Artículo permanece puro, la Cristiandad también permanece pura y unida, sin separación. Pero donde no permanece, allí no será posible evitar el error y todo espíritu sectario”. Es para tal testimonio que la Iglesia Evangélica Luterana fue llamada a cumplir en estos últimos días un ministerio especial. Ella es aquel Remanente de la Cristiandad al cual pertenece el grito de la Reforma, el Remanente al cual el Señor le ha dado la comisión de levantar este estandarte nuevamente. ¿Podemos hacerlo? ¿Es todavía el Evangelio de Justificación de los pecadores solamente por gracia el pan del cual vivimos? ¿Entendemos todavía, o podemos volver a hacerlo, qué es el pecado, qué serio el Juicio de Dios, y qué terrible cosa es caer en manos del Dios Vivo? ¿Conocemos aún la plena consolación de la fe en el Salvador de los pecadores, en el modo en que la explicación de Lutero sobre el Segundo Artículo nos presenta al Señor? ¿Comprendemos qué significa que Cristo está realmente presente en la Palabra de Su Evangelio y en Su Sacramento, tan próximo a nosotros como cuando Él anduvo por esta tierra, sí, más cerca todavía que cuando comía con publicanos y pecadores? Y si todavía lo sabemos, si todavía creemos en ello, ¿es esta una posesión viviente o se ha tornado en una mera tradición? ¿Se han convertido estas palabras en algo sin contenido? Estas son las preguntas que el Gran Reformador, Martín Lutero, nos hace a cada uno de los que confesamos la Fe Evangélica Luterana, tanto en Alemania como en el mundo entero. “Somos Mendigos: esa es la verdad”. Muchos deberemos responder con vergüenza y arrepentimiento.

Inconmensurablemente rico en gracia es Aquél Quien es el Salvador de todos los pecadores y a Quien el Nuevo Testamento llama una vez “el Salvador de Su cuerpo” (Efesios 5, 23), el Redentor de Su iglesia. E inagotables son las riquezas de Sus Medios de Gracia, el

Evangelio en Sermón y Absolución, el Santo Bautismo y la Santa Cena... inagotables para todos los mendigos.

X Jesús X

Este ensayo fue publicado por vez primera en el Jahrbuch des Martin Luther Bundes, 1946, pp. 38-42. Fue escrito para el Aniversario No. 400 de la muerte del Reformador. El texto fue más tarde reeditado por el Luterische Blatter, Vol. 19, No. 90 (Agosto de 1967).

† † †

Versión al castellano del Rev. Enrique Ivaldi, Quasimodo Geniti, 2002.